

# La Casa de Rubén

Soledad Gasman



Encuentra más cuentos en:  
[www.soledadgasman.com](http://www.soledadgasman.com)



# La Casa de Rubén

Soledad Gasman

© SOLEDAD GASMAN, 2015

La Casa de Rubén pertenece al libro de cuentos  
de la autora: ECOCUENTOS

Ilustraciones: Isidora Donoso G.

Registro de Propiedad Intelectual N° 260.859

ISBN 978-956-9205-66-8

–Bueno... ¡ya! Vamos a la playa. Dijo la mamá de Rubén. Pero... apenas vuelvas a la casa haces la tarea del domingo -advirtió.

–¡Bravo! Sí, sí, apenas vuelva a la casa, te prometo...-gritó el niño. Corrió a su pieza a buscar su mochila y de puro contento se puso a hablar solo: voy a ver el mar, voy a jugar en la arena, voy a tirarme piqueros....

–Mamá, ¿dónde está mi traje de baño...?

–Chao casita, vuelvo en la tarde –se despidió Rubén, mirándola con cariño y se alejó por Bellavista hacia el Troncal.



–Ja, ja, ja –se reía a carcajadas la casa de Rubén, dando brincos de contenta. Sus paredes se inflaban y sonaban como un tambor y entre el ajetreo de la salida nadie la escuchó.

Al ver que el niño se alejaba, la casa crujió como las hojas de otoño al pisarlas. Luego se estiró como un globo. Emitió un sonido parecido a un bostezo y sus dos puertas como dos tentáculos hicieron fuerza contra la tierra hasta soltar los muros y las cañerías de los cimientos. Una vez libre la casa, dio un saltito a un lado y luego al otro, igual como hacía Rubén cuando jugaba a la pelota en el patio ¿Imaginan una casa moviéndose así? Piensen lo contenta que debe haber estado de poder hacerlo, ¡después de toda una vida inmóvil! Saltaba libre cuando sus ventanas estiraron la mirada, primero hacia la izquierda, y luego hacia la derecha... ahí estaban sus vecinas, sus amigas:

–Vecina, vámonos de paseo, mira es fácil... –La casa de la derecha la miró indiferente, dio un rezongo y no se movió.

–Vámonos con Rubén a la playa, amiga. Mira, nosotras también podemos saltar y correr –trató de entusiasmar a la del otro lado, pero esa vecina tampoco quiso imitarla. Entonces, convirtió en ruedas las cañerías, avanzó hasta el Troncal, subió la pasarela y las miró desde arriba: allá estaban pegadas a la tierra como siempre. Las llamó agitando puertas y ventanas y no se movían. Hizo el sonido del tambor. Nada.

–Si no quieren venir, me voy sola –dijo parpadeando con pena, pero rápidamente la pena pasó, y al volver a agitar sus puertas y ventanas se dio cuenta que empezaba a elevarse con el viento. Sus cañerías se plegaron como las ruedas de un avión y emprendió vuelo en dirección a la costa. Planeando como un pájaro, con el frontón y el techo estirados, mirando hacia adelante como la proa de un barco, atravesó Peñablanca y luego Villa Alemana y... ¡no imaginan qué pasó!

–No te apures tanto, déjame alcanzarte –le gritaba una de sus amigas. Su alegría fue tan grande que casi se vino abajo. Planearon juntas en el aire tibio del cielo, riendo. Los pájaros las miraban, se veían tan contentas avanzando como la espuma de las olas, como el humo, como las hojas caídas cuando el viento las lleva.

–No vayan tan rápido –escucharon luego. La otra vecina traía sus ventanas y las aguas del techo girando arriba de su cumbre, como las hélices de un helicóptero. Las tres amigas se unieron en el aire. Volaban como una bandada de tordos. Subían, bajaban, planeaban, se alejaban unas de otras para volver a juntarse, hasta que divisaron una gran mancha azul: ¿sería ese el mar?...





–¡Mira qué pájaros tan raros vienen volando! –dijo Rubén mostrándole a su mamá.

–Parecen marcianos –contestó ella–. ¿Marcianos? –preguntó Rubén sin soltar la pelota. De pronto, los tres pájaros descendieron y se posaron en la arena. Rubén se vio rodeado, dejó de jugar y observó cómo ellos plegaban sus alas, crujían y se convertían en...

–¡Es mi casa... mí casa! –gritó Rubén a todo pulmón. Mi casa se vino tras de mí! –saltaba y corría.

–¡Y sus amigas también! –le contestó su mamá y observó como las olas empezaron a hacerse más grandes y el viento más fuerte. Las ventanas bien abiertas miraban las olas por primera vez. Escuchaban el mar y respiraban el aire marino. Rubén, entretanto, corría por toda la playa.

–Vengan a ver, es increíble... –Rubén reía e invitaba a los otros niños.

–Mi casa se ha venido volando, la tienen que conocer.

Al poco rato había un montón de gente observando. Entonces Rubén, orgulloso abrió la puerta de su casa, llegó a su pieza y se acordó de lo que le había prometido a su mamá: cogiendo un lápiz y un cuaderno dibujó primero un gran pájaro multicolor y luego comenzó a escribir:

Ese domingo, la casa de Rubén salió a pasear...

